



Cuatro falacias de la psicología evolutiva popular

Muchas afirmaciones de ciertos psicólogos evolutivos sobre la mente humana se han introducido ya en la cultura popular. Tan grandilocuentes declaraciones, sostienen otros, carecen de pruebas sólidas

• • • DAVID J. BULLER

CONCEPTOS BASICOS

- Entre los últimos legados de Charles Darwin se encuentra la idea de que la mente humana se constituyó como es gracias a algún proceso adaptativo.
- Una rama importante de la psicología evolutiva, la que aquí llamamos psicología evolutiva popular (PEP), muy controvertida, sostiene que el cerebro humano tiene muchos mecanismos especializados que aparecieron durante la evolución para resolver los problemas adaptativos de nuestros ancestros cazadores-recolectores.
- El autor y muchos otros especialistas sugieren que algunas premisas de la PEP son erróneas: que podamos conocer la psicología de nuestros antepasados de la Edad de Piedra, que podamos entender cómo evolucionaron los rasgos propiamente humanos, que nuestras mentes no han evolucionado mucho desde la Edad de Piedra y que los cuestionarios psicológicos aportan pruebas de las adaptaciones.

Charles Darwin no tardó en aplicar su teoría de la evolución a la psicología humana.

Al libro sobre *El origen de las especies* (1859) le siguieron *La ascendencia del hombre* (1871) y *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (1872). Desde entonces, la cuestión no ha sido si la teoría de la evolución puede o no arrojar luz sobre el estudio de la psicología, sino cómo lo hará. Pese a todo, hasta los años setenta y con el advenimiento de la sociobiología, no se realizó un esfuerzo concertado para descubrir de qué manera la evolución ha moldeado el comportamiento humano.

La idea central de la sociobiología era sencilla: el comportamiento ha evolucionado, a través de la selección natural y sexual (en respuesta a la competencia por la supervivencia y la reproducción, respectivamente), de igual modo que lo han hecho las formas orgánicas. La sociobiología ampliaba el estudio de la adaptación para que abarcara también el comportamiento humano.

Philip Kitcher, en su crítica a la sociobiología desarrollada en *Vaulting Ambition*, observaba que, si bien una parte de esta disciplina respaldaba prudentes afirmaciones con una adecuada investigación empírica, los resultados teóricos de la tendencia dominante excedían sobremanera el alcance de las pruebas empíricas. Kitcher llamó a esa tendencia “sociobiología popular” porque empleaba los principios evolucionistas “para proponer grandilocuentes afirmaciones sobre las instituciones sociales y la naturaleza humana” y estaba “pensada para atraer la atención general”.

Los tiempos han cambiado. Aunque todavía quedan algunos autodenominados sociobiólogos, la moda actual es la psicología evolutiva. Según esta disciplina, la adaptación ha de buscarse en los mecanismos psicológicos que controlan los comportamientos y no en los comportamientos mismos. Pero, como en el viejo dicho de Jean-Baptiste Alphonse Karr, cuanto más cambian las cosas, más se quedan como estaban. Aunque algunos trabajos de psicología evolutiva respaldan afirmaciones prudentes con una investigación empírica adecuada, una de las ramas dominantes, la psicología evolutiva popular (PEP), ofrece afirmaciones grandilocuentes y ambiciosas sobre la naturaleza humana para consumo popular.

Los representantes más destacados de la PEP son los psicólogos David M. Buss (profesor de la Universidad de Texas en Austin y autor de *La evolución del deseo* y de *La pasión peligrosa*) y Steven Pinker (profesor de la Universidad de Harvard, entre cuyos libros se cuentan *Cómo funciona la mente* y *La tabla rasa*). Sus explicaciones populares se sustentan en el trabajo teórico de la a veces denominada escuela de Santa Bárbara de psicología evolutiva, encabezada por los antropólogos Donald Symons y John Tooby y la psicóloga

DEFINICION

En este artículo se entiende por psicología evolutiva popular (PEP) una rama de la psicología teórica que sustenta afirmaciones sobre la naturaleza humana en principios evolutivos y se orienta al consumo popular.



THE WISDOM OF ICE AGE EUROPE Some 15,000 years ago, Europe was harsh, but modern humans — Homo sapiens — had developed clever ways to cope with the cold. These residents of eastern Europe sewed clothes from animal skins and built sturdy shelters from mammoth bones. When food was abundant, they hunted together in the mountains and plains. In times of deep freezing...

MODERN HUMANS DISPLAYED A WIDE RANGE OF CULTURAL AND TECHNOLOGICAL SKILLS Not even among our earliest hominid relatives. These new humans had developed true language and could make highly sophisticated tools. They created art and practiced elaborate rituals. In fact, these hominids exhibited virtually the entire array of behaviors that characterize modern humans.

NEW DISCOVERIES HAVE IMPROVED OUR UNDERSTANDING OF EARLY HUMANITY Modern humans lived in northern Europe during the last ice age. But they were not the only hominids in the region. They were joined by other hominids, including Neanderthals and Denisovans. The study of these hominids has improved our understanding of early humanity. It has also led to the discovery of new hominid species, such as Homo neanderthalensis and Homo denisova.

ESTE DIORAMA del Museo Americano de Historia Natural, de Nueva York, muestra cómo debían de vivir los hombres de la Edad de Piedra hace unos 15.000 años.

Leda Cosmides, los tres de la Universidad de California en Santa Bárbara.

Según la PEP, “el cerebro humano se compone de un gran conjunto de dispositivos computacionales, funcionalmente especializados, que aparecieron evolutivamente para resolver los problemas de adaptación con los que de modo regular se topaban nuestros antepasados cazadores-recolectores” (citado del sitio en la Red del Centro de Psicología Evolutiva de la Universidad de California en Santa Bárbara). Según la PEP, así como la evolución por selección natural y sexual ha dotado a todos los seres humanos de adaptaciones morfológicas —el corazón o el hígado—, también los ha dotado de un conjunto de adaptaciones psicológicas, u “órganos mentales”, entre las que figuran unos mecanismos psicológicos o “dispositivos computacionales, funcionalmente especializados” para el lenguaje, el reconocimiento facial, la percepción espacial, el uso de herramientas, la atracción y retención de pareja, el cuidado parental y una amplia variedad de relaciones sociales. En conjunto, estas adaptaciones psicológicas constituyen una “naturaleza humana universal”. Según este postulado, las diferencias individuales y culturales son resultado de la respuesta de nuestra común naturaleza a las circunstancias locales variables; igual que en un ordenador, las salidas de un programa son función de sus entradas. Excepciones notables a esta regla son las diferencias entre los sexos, que se generaron evolutivamente porque en ocasiones no fueron iguales los problemas adaptativos a que hubieron de enfrentarse hombres y mujeres.

Además, como la adaptación compleja es un proceso muy lento, la naturaleza humana

LA PEP DICE

que el análisis de los problemas adaptativos a que se enfrentaron nuestros ancestros de la Edad de Piedra, por ejemplo cómo competir por parejas y recursos, aporta claves para conocer el diseño de la mente.

PERO

sin conocer los rasgos psicológicos de nuestros ancestros —información que no poseemos— no podemos saber cómo la selección retocó estos rasgos para crear la mente del hombre actual.

está diseñada para el estilo de vida cazador-recolector que llevaban nuestros antepasados del Pleistoceno (el período entre hace 1.800.000 y 10.000 años). En las expresivas palabras de Cosmides y Tooby, “nuestros cráneos modernos albergan una mente de la Edad de Piedra”. La PEP propone que, para descubrir nuestra naturaleza humana universal, se analicen los problemas adaptativos que afrontaron nuestros ancestros, se planteen hipótesis acerca de los mecanismos psicológicos que se desarrollaron evolutivamente para solucionarlos y se contrasten después esas hipótesis por medio de pruebas psicológicas ordinarias, cuestionarios escritos, por ejemplo. La PEP afirma que por esa vía se ha descubierto una serie de adaptaciones psicológicas, entre ellas las diferencias evolutivas entre los sexos en lo que respecta a las preferencias a la hora de elegir pareja (los varones prefieren la nubilidad y las mujeres la nobleza) y a los celos (a los hombres les disgusta más la infidelidad sexual de su pareja y a las mujeres la emocional).

Creo que la PEP sigue un derrotero equivocado. Sus ideas no adolecen tanto de un fallo determinado en los fundamentos cuanto de muchos errores menores. Aun así, la crítica reciente de la psicología evolutiva permite descubrir varios problemas generales de la PEP.

Primera falacia:

El análisis de los problemas adaptativos del Pleistoceno aporta claves sobre el diseño de la mente.

Tooby y Cosmides sostienen que, así como podemos dar por cierto que nuestros antepasados del Pleistoceno tenían que “seleccionar parejas de alta calidad reproductiva” e “inducir a sus parejas potenciales a elegirlos a ellos”, también podemos dar por cierto que aparecieron adaptaciones psicológicas evolutivas para resolver esos problemas. Pero cuando se intenta identificar los problemas adaptativos que impulsaron la evolución psicológica humana, se tropieza con un dilema irresoluble.

Por un lado, es cierto que nuestros ancestros, por ejemplo, tenían que “inducir a sus parejas potenciales a elegirlos a ellos”; sin embargo, esta idea resulta demasiado abstracta para que aporte alguna indicación clara acerca de la naturaleza de las adaptaciones de la psicología humana. Todas las especies se enfrentan al problema de atraer a sus parejas. Los pájaros jardineros macho construyen nidos, con decoraciones muy elaboradas, para exhibirse en ellos, el macho de los mecópteros, o moscas escorpión, ofrece presas capturadas y el carricerín común desgrana un variado repertorio de canciones. Para saber de qué estrategias se valían nuestros antepasados hace





falta una descripción mucho más detallada de su problema adaptativo.

Sin embargo, las descripciones más detalladas de los problemas de adaptación a que se enfrentaron nuestros ancestros se topan con la otra cara del dilema: no pasan de ser puras cábalas, pues apenas nos han llegado rastros de las condiciones en las que evolucionaron los primeros humanos. Los registros paleontológicos aportan algunas claves sobre ciertos aspectos de los inicios de la vida humana, pero dicen muy poco sobre las interacciones sociales, que debieron de tener capital importancia en la evolución psicológica del ser humano. Tampoco las poblaciones cazadoras-recolectoras actuales aportan muchas pistas sobre la vida social de nuestros ancestros. Los estilos de vida de estos grupos varían bastante, incluso entre quienes viven en las regiones de África donde habitaron los primeros humanos.

Además, como sostiene Richard Lewontin, de la Universidad de Harvard, los problemas adaptativos a que se enfrenta una especie no se pueden separar de las características y estilos de vida de la especie en cuestión. La corteza del árbol contribuye a los problemas adaptativos a que se enfrentan los pájaros carpinteros, pero no así las piedras que están al pie del árbol. Por el contrario, para los tordos, que usan piedras para romper el caparazón de los caracoles, las piedras son parte de los problemas adaptativos que encaran, mientras que la corteza del árbol no lo es. De igual manera, los procesos motivadores y cognitivos de nuestros ancestros habrían respondido selectivamente a ciertas características de los medios físico y social, y esta receptividad selectiva habría determinado el tipo de factores ambientales que condicionaron la evolución humana. Para identificar los problemas adaptativos que conformaron la mente humana, necesitamos saber

LA PEP DICE

que sabemos o podemos descubrir por qué la evolución engendró rasgos genuinamente humanos, como el lenguaje.

PERO

para descubrir por qué la evolución engendró algún rasgo, tenemos que identificar las funciones adaptativas que éste cumplía entre los primeros humanos y de ello apenas hay prueba.

algo sobre la psicología humana ancestral. Pero no sabemos nada.

Por último, aun cuando pudiéramos identificar con precisión los problemas adaptativos a que se enfrentaron nuestros precursores a lo largo de la historia evolutiva humana, no podríamos inferir gran cosa sobre la naturaleza de las adaptaciones psicológicas. La selección aporta soluciones a los problemas adaptativos conservando modificaciones de rasgos preexistentes. La adaptación posterior siempre se halla en función de cuánto se modificaron los rasgos previos. Para saber cómo se desarrolló la solución a un problema adaptativo se requiere saber algo sobre el rasgo previo que se utilizó y modificó para resolver el problema de marras. Sin el conocimiento de los rasgos psicológicos de nuestros ancestros —del que carecemos—, no podemos saber cómo los retocó la selección natural para crear la mente.

Falacia 2:

Sabemos, o podemos descubrir, por qué evolucionaron los rasgos propiamente humanos

Con frecuencia, la aplicación del método comparado al estudio de un clado, o grupo de especies que descienden de un precursor común, permite reconstruir las presiones selectivas que impulsaron la evolución de una determinada especie. Al descender de una forma común todas las especies del clado, cabe admitir que las diferencias entre ellas sean el resultado de las variaciones de los requerimientos ambientales que han sufrido. Cuando un rasgo lo comparten dos o más especies de un clado, pero no otras, es posible, a veces, identificar las demandas ambientales comunes a esas especies y ausentes en las especies sin el rasgo. Podemos identificar las exigencias ambientales a que está adaptado un rasgo estableciendo una correlación entre las diferencias de rasgos y variaciones ambientales concretas.

Pero el método comparado ofrece poca ayuda a las aspiraciones de la PEP de descifrar la historia adaptativa de los rasgos psicológicos —el lenguaje, formas superiores de cognición— que supuestamente constituyen la naturaleza humana. Pinker, por ejemplo, sostiene con elocuencia que el lenguaje es una adaptación para la comunicación verbal de complejidad combinatoria infinita. Probablemente tenga razón en que el lenguaje es una adaptación. Pero descubrir por qué apareció en la evolución, a qué exigencia constituye una adaptación, requiere determinar las funciones adaptativas que cumplió el lenguaje entre los primeros hablantes.

Para que pudiésemos valernos del método comparado a la hora de contestar ese tipo de

preguntas, necesitaríamos comparar algunos rasgos psicológicos con su forma homóloga en las especies con las que compartimos un ancestro común. Aquí es donde se presenta el problema. Entre las especies existentes, nuestros parientes más cercanos son el chimpancé y el bonobo, con los que compartimos un precursor común que vivió hará unos seis millones de años. Pero ni siquiera ellos, nuestros parientes más cercanos, poseen esos rasgos psicológicos complejos, como el lenguaje, cuya evolución aspira a explicar la PEP.

Determinar qué demandas ambientales compartimos con nuestros parientes más próximos no nos sirve, pues, para descubrir a qué se adaptaron nuestros rasgos psicológicos. Más bien necesitamos identificar las demandas ambientales que nos diferenciaron evolutivamente, durante los últimos seis millones de años, de nuestros parientes vivos más cercanos.

Sí podría ilustrarnos sobre estos procesos evolutivos algún tipo de información sobre la ecología y el estilo de vida de especies más estrechamente emparentadas con nosotros, con las que compartiésemos algunas capacidades cognitivas superiores. Quizá podríamos dar con demandas ambientales que nos hubiesen afectado tanto a ellas como a nosotros, pero desconocidas para el chimpancé y el bonobo (y otros primates). Las especies que reúnen tales condiciones son los demás homínidos: los australopitécinos y las otras especies del género *Homo*.

Por desgracia, todos esos homínidos se han extinguido; y los muertos no cuentan sus historias evolutivas [véase “Homínidos contemporáneos”, de Ian Tattersall; INVESTIGACIÓN Y CIENCIA, marzo de 2000]. Escasean, pues, las pruebas necesarias para desentrañar la historia evolutiva de los rasgos propiamente humanos por medio del método comparado. (De ahí que haya varias teorías sobre la evolución del lenguaje, pero ninguna sugerencia acerca de cómo se podría discriminar entre ellas mediante pruebas empíricas.)

Lo que sí aporta a veces el método comparado es información sobre adaptaciones genuinamente humanas. Pero como ha apuntado Jonathan Kaplan, de la Universidad estatal de Oregón, esa información no se refiere a los rasgos universales de los humanos, sino a rasgos que aparecen sólo en algunas poblaciones humanas.

Sabemos, por ejemplo, que el alelo que produce (en quien tiene dos copias del alelo) la anemia drepanocítica o falciforme es, cuando se tiene sólo una copia, una adaptación que confiere resistencia a la malaria. La prueba se obtuvo al comparar poblaciones humanas

portadoras del alelo con poblaciones humanas en que se halla ausente e identificar las demandas ambientales que guardaban correlación con la presencia del alelo. Como el método comparado ha detectado este tipo de adaptaciones fisiológicas, es razonable suponer que también podría encontrar algunas adaptaciones psicológicas. Pero eso no sirve de consuelo a la PEP, que proclama la universalidad de las adaptaciones psicológicas humanas. El método comparado reviste una magra utilidad para los rasgos universales y característicamente humanos. Por tanto, es improbable que las explicaciones evolutivas de nuestra supuesta naturaleza humana universal pasen alguna vez de especulaciones.

Falacia 3: “El cráneo moderno aloja un cerebro de la Edad de Piedra”

La afirmación de la PEP de que la naturaleza humana se pergeñó durante el Pleistoceno, cuando nuestros antepasados vivían como cazadores-recolectores, es errónea en los dos cabos temporales de la era.

Algunos mecanismos psicológicos humanos emergieron, cierto, durante el Pleistoceno. Pero otros son vestigios de un pasado evolutivo más antiguo; los compartimos con algunos de nuestros parientes primates. Jaak Panksepp, de la Universidad estatal de Bowling Green, ha identificado siete sistemas emocionales en los humanos cuyos orígenes evolutivos son anteriores al Pleistoceno. Los sistemas emocionales que denomina Cuidado, Pánico y Juego se remontan a la historia evolutiva de los primates tempranos, mientras que los sistemas de Miedo, Rabia, Curiosidad y Deseo vienen de más atrás, de antes, incluso, de que hubiera mamíferos.

LA PEP DICE

que los humanos modernos alojamos una mente de la Edad de Piedra.

PERO

parece igual de probable que la mente humana tuviera que adaptarse a los grandes cambios que supuso el advenimiento de la agricultura y de la vida urbana. Si los humanos han experimentado cambios fisiológicos desde la Edad de Piedra, ¿por qué no podrían haber cambiado también en su psiquis?



FRANK STOCKTON

Cambia mucho la manera de entender la psicología humana cuando se tiene presente esa profundidad en el tiempo de nuestra historia evolutiva. Pensemos en el apareamiento humano. Buss sostiene que las estrategias de apareamiento humanas se moldearon durante el Pleistoceno para resolver los problemas adaptativos que decidieron el rumbo singular de la evolución humana. De ahí que suponga que comportamientos propios de los seres humanos, como el deseo de emparejarse tanto a corto como a largo plazo (permitiéndose en ocasiones breves infidelidades durante un emparejamiento estable), forman parte de un conjunto integrado de adaptaciones psicológicas que calculan inconscientemente los beneficios reproductivos de cada estrategia. Cuando los beneficios reproductivos potenciales de una relación a corto plazo son mayores que su coste potencial, esas adaptaciones conducen a la infidelidad.

El cuadro cambia cuando se tiene en cuenta que ciertos aspectos de nuestra psicología son remanentes de la historia evolutiva prehumana. Puesto que el chimpancé y el bonobo, nuestros parientes más cercanos, son especies muy promiscuas, nuestro linaje probablemente se embarcó en la etapa humana de su viaje evolutivo portando un mecanismo erótico diseñado para promover las relaciones promiscuas. Las características psicológicas que fueron luego surgiendo durante la historia evolutiva humana se construyeron sobre esos cimientos. Y sabemos que algunos sistemas emocionales evolucionaron después para promover la vinculación afectiva de pareja, generalizada entre las culturas humanas y ausente en los primates que nos son más cercanos. Sin embargo, no tenemos razones para pensar que los mecanismos del deseo sexual y la vinculación afectiva de pareja evolucionaron a la vez, como partes de una estrategia integral de apareamiento. Es más, probablemente evolucionaron como sistemas separados, en puntos distintos de la historia evolutiva de nuestro linaje, en respuesta a diferentes demandas adaptativas y para servir a propósitos dispares.

Si esta interpretación alternativa de la psicología del apareamiento humano es correcta, no contaríamos con “una sola mente” que determinase nuestras relaciones sexuales. Tendríamos impulsos psicológicos que compiten entre sí. Antiguos mecanismos evolutivos eróticos nos empujarían hacia la promiscuidad y sistemas emocionales más recientes nos empujarían hacia unas relaciones de pareja estables. No nos guiaría una psicología del Pleistoceno integrada, que calcula inconscientemente qué impulso seguir y cuándo; nos desgarrarían mecanismos emocionales opuestos que habrían evolucionado por separado.

La idea de que “nuestro cráneo moderno aloja una mente de la Edad de Piedra” también es errónea en lo que toca al cabo contemporáneo de nuestro hilo evolutivo. La noción de que estamos atascados en una psicología adaptada al Pleistoceno subestima sobremanera la velocidad a la que la selección natural y sexual puede impulsar el cambio evolutivo. La investigación reciente ha demostrado que la selección puede alterar radicalmente rasgos de una población en sólo 18 generaciones (en los humanos, unos 450 años).

Tan rápida evolución ocurre, por supuesto, sólo cuando se dan cambios significativos en las presiones selectivas que operan sobre una población. Pero las transformaciones ambientales acaecidas desde el Pleistoceno han alterado, sin duda, las presiones selectivas sobre la psicología humana. Las Revoluciones Agrícola e Industrial precipitaron cambios fundamentales en las estructuras sociales de las poblaciones humanas, lo que a su vez modificó las dificultades a que se enfrentan los humanos cuando adquieren recursos, se aparean, forman alianzas o se distribuyen en categorías dentro de una jerarquía.

Otras actividades humanas —que van de la construcción de refugios a la conservación de alimentos, de la anticoncepción a la educación reglada— también han alterado sistemáticamente las presiones selectivas. Dados los numerosos ejemplos incontrovertibles de adaptaciones fisiológicas a demandas ambientales de nuevo cuño una vez pasado ya el Pleistoceno (piénsese en la resistencia a la malaria), no hay por qué dudar de una evolución psicológica similar.

Además, las características psicológicas humanas son el producto de un desarrollo durante el cual los genes interaccionaron con el medio. Aun cuando hubiese apenas habido evolución genética desde el Pleistoceno, lo que es dudoso, no por ello habrían dejado los ambientes humanos de haber cambiado muchísimo, como indican los ejemplos mencionados. Cualquier gen que se seleccionase en el Pleistoceno interactuará con estos nuevos ambientes para producir rasgos psicológicos que pueden diferir significativamente de aquellos de nuestros ancestros del Pleistoceno. Por tanto, no existen razones de peso para creer que todas nuestras características psicológicas evolucionadas siguen adaptadas al estilo de vida de los cazadores-recolectores del Pleistoceno.

Falacia 4:

Los datos psicológicos aportan pruebas claras de la PEP

La PEP sostiene que sus especulaciones sobre nuestro pasado pleistoceno han llevado al des-

ALGUNAS PUBLICACIONES DE LA PSICOLOGIA EVOLUTIVA POPULAR

The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture. Dirigido por Jerome H. Barkow, Leda Cosmides y John Tooby. Oxford University Press, 1992.

The Language Instinct. Steven Pinker. Harper Perennial, 1994.

The Murderer Next Door: Why the Mind is Designed to Kill. David M. Buss. Allyn y Bacon, 2007.

Evolutionary Psychology: The New Science of the Mind. David M. Buss. Allyn y Bacon, 2007.

El autor

David J. Buller, que enseña filosofía en la Universidad del Norte de Illinois, ha sido premiado por ésta con su mayor distinción, una “cátedra presidencial de investigación”. Es autor de *Adapting Minds: Evolutionary Psychology and the Persistent Quest for Human Nature* (MIT Press; 2005) y coordinador de *Function, Selection and Design* (SUNY Press, ciclos de filosofía y biología; 1999).

cubrimiento de muchas de las adaptaciones psicológicas que controlan nuestro comportamiento. El planteamiento, pues, ha funcionado; debe de andar bien encaminado.

Ni que decir tiene que la solidez de semejante argumentación dependerá de la fuerza de las pruebas que avalan los descubrimientos que la PEP asegura haber logrado. Esas pruebas suelen consistir en datos de tests psicológicos por escrito (cuestionarios donde hay que elegir entre respuestas prefijadas), aunque a veces se presentan también conjuntos limitados de datos relativos al comportamiento.

Sin embargo, como he mostrado *in extenso* en mi *Adapting Minds*, la mayoría de las veces las pruebas no son concluyentes, y eso en el mejor de los casos. Como dijo con cierta sorna Robert Richardson, de la Universidad de Cincinnati, las hipótesis evolutivas preferidas de la PEP son “especulaciones disfrazadas con resultados”. La impresión de que las pruebas son convincentes no la crean tanto los datos en sí, sino el que se pasen por alto y no se contrasten adecuadamente otras explicaciones viables. Veamos un sencillo ejemplo.

Buss sostiene que los celos evolucionaron a modo de alarma emocional que avisa de las potenciales infidelidades de una pareja. Provocarían un comportamiento orientado a minimizar pérdidas en los esfuerzos invertidos para la reproducción. Entre nuestros antepasados, continúa el argumento, las infidelidades suponían costes reproductivos diferentes para cada sexo. Para los hombres, una infidelidad *sexual* significaba que podían estar invirtiendo los recursos parentales en la descendencia de otro macho. Para las mujeres, era la relación *emocional* del varón con otra mujer lo que podría llevar a la pérdida de los recursos proporcionados por el varón. Y, en efecto, Buss afirma haber descubierto la diferencia sexual requerida en el “diseño” evolutivo de la mente celosa: la mente masculina es más sensible a los indicios de infidelidad sexual, mientras que la mente femenina es más sensible a los signos de una infidelidad afectiva.

Los principales datos citados en apoyo de esta teoría son las respuestas a unos cuestionarios de respuesta prefijada. En uno de los puntos del cuestionario, por ejemplo, se pregunta a los sujetos qué encuentran más turbador, “imaginarse a su pareja creando unos lazos emocionales profundos” con un rival o “imaginarse a su pareja disfrutando de un acto sexual apasionado” con un rival. Los resultados muestran sistemáticamente que hay más hombres que mujeres que encuentran más turbadora la infidelidad sexual de su pareja que la emocional.

Pero estos datos son pruebas sin solidez (“tomadas con pinzas”) de adaptaciones psi-

cológicas diferenciadas por sexos. Ambos sexos podrían tener la misma capacidad evolutiva para distinguir las infidelidades amenazadoras de las que no lo son y para sentir celos hasta un grado proporcional a la amenaza percibida para una relación en la que se ha invertido esfuerzo. Esa capacidad que ambos sexos compartirían habría generado los resultados diferenciados del cuestionario de Buss porque, con el tiempo, habríamos adquirido la creencia de que existen diferencias ligadas al sexo en el tipo de comportamiento que representa una amenaza para la relación. Así, según varios estudios, está muy extendida la opinión, en ambos sexos, de que los hombres son más proclives que las mujeres a mantener relaciones sexuales sin implicarse afectivamente. En coherencia con ese juicio, a los hombres les parecerá más amenazadora la infidelidad sexual de una mujer que a una mujer la infidelidad sexual de un hombre, porque la infidelidad sexual femenina es más proclive a venir acompañada de una implicación afectiva.

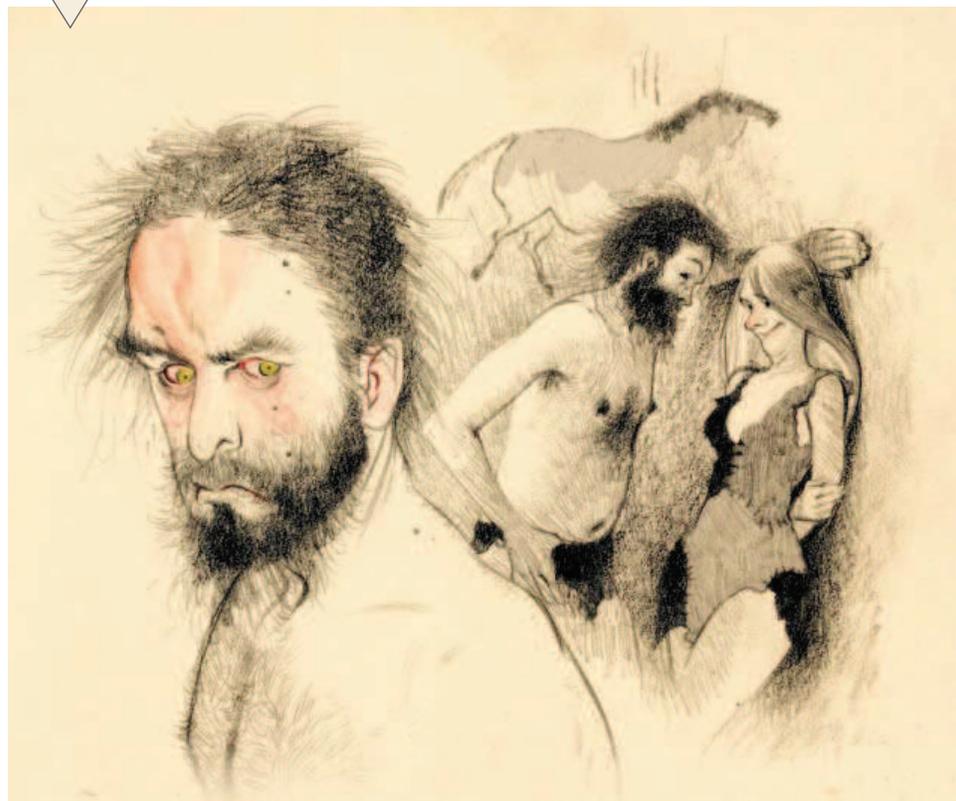
Esta hipótesis alternativa también explica a la perfección otros datos que no encajan fácilmente en la teoría de que las características evolutivas de la mente son distintas en razón del sexo. En primer lugar, los varones homosexuales son incluso menos proclives que las mujeres heterosexuales a encontrar la infidelidad sexual más turbadora que la emocional. Los varones homosexuales son también menos proclives que los varones y mujeres heterosexuales a creer que la infidelidad sexual representa una amenaza contra la relación principal. Si ambos sexos comparten la misma capacidad para sentir celos, y el grado

LA PEP DICE

que los datos psicológicos aportan pruebas claras de lo que asevera; así, por ejemplo, acerca de diferencias entre hombres y mujeres en el origen de los celos.

PERO

en su mayoría, los datos se basan en cuestionarios con respuestas prefijadas (véase el recuadro “Cuestionario de la PEP”). Estas pruebas no son concluyentes. No aportan indicios claros que lleven a pensar que los celos evolucionaron de forma distinta en hombres y mujeres. Antes bien, los celos podrían basarse en ambos sexos en un mismo mecanismo, que responde de forma distinta cuando el emparejamiento se enfrenta a diferentes tipos de amenazas.



FRANK STOCKTON

○ ○ ○ Cuestionario de la PEP

de los celos sexuales viene dado por el grado de la amenaza percibida para una relación, es normal que la tendencia de los varones homosexuales a no encontrar la infidelidad sexual amenazadora les haga apartarse de la norma masculina.

En segundo lugar, el grado en que los varones encuentran turbadora la posibilidad de la infidelidad sexual de una pareja femenina varía significativamente entre culturas. A este respecto, sólo una cuarta parte de los varones alemanes afirman que la infidelidad sexual es más turbadora que la emocional. Curiosamente, el propio Buss y sus colegas declaran que la cultura alemana tiene "actitudes más relajadas acerca de la sexualidad, incluso acerca del sexo extramarital, que la cultura norteamericana". Por tanto, los varones alemanes deberían ser menos proclives que los estadounidenses a creer que la infidelidad sexual de una pareja femenina amenaza una relación y, por tanto, ser menos proclives a que los perturbe la infidelidad sexual que los estadounidenses. Una vez más, esta diferencia cultural es precisamente la que debemos esperar si el grado de los celos sexuales se halla en función del grado en que la infidelidad sexual se percibe como amenaza a una relación.

No está claro por qué la PEP se resiste a la idea de que los sexos comparten el mismo mecanismo emocional de los celos y las diferencias de actitud derivan de las diferencias en las creencias que procesa ese mecanismo. Según la PEP, muchas diferencias culturales son producto de una naturaleza común que responde a condiciones locales variables. Aun así, las diferencias culturales son a menudo más profundas que esas diferencias sexuales que la PEP ha convertido en teoría sensacionalista. Si la variación cultural emerge de una naturaleza compartida que responde a estímulos distintos, emergen también las diferencias sexuales en lo concerniente a actitudes y comportamiento.

Coda

Uno de los legados perdurables de Darwin es la idea de que la mente humana se adquirió en el curso de la evolución a través de un proceso adaptativo. Al fin y al cabo, resulta más costoso hacer funcionar el cerebro humano que un motor de combustión interna, ya que el cerebro consume el 18 por ciento de la energía del cuerpo aunque constituye escasamente el 2 por ciento de su peso. No tendríamos semejante órgano si no hubiera desempeñado funciones adaptativas importantes en nuestro pasado evolutivo.

Lo difícil para la psicología evolutiva es pasar de este hecho general a los detalles específicos, sustentados empíricamente, del

Para evaluar las diferencias entre ambos sexos en cuanto a los celos, David M. Buss y sus colaboradores diseñaron un cuestionario (*abajo*) al que respondieron estadounidenses ("Sex Differences in Jealousy: Evolution, Physiology, and Psychology", en *Psychology Science*, vol. 3, núm. 4; julio 1992). Su cuestionario, o una variante, se utilizó posteriormente en estudios similares en otras sociedades. Los resultados se muestran en las tablas inferiores; la primera columna de cada tabla enumera los datos obtenidos por Buss y sus colaboradores en el estudio original.

Cuestionario

Instrucciones: Por favor, piense en una relación romántica seria y comprometida que haya tenido en el pasado, que tiene ahora o que le gustaría tener. Imagine que descubre que la persona implicada en esa relación se interesa por una tercera. ¿Qué le afligiría o turbaría más? (Elija sólo una respuesta y rodéela con un círculo):

DILEMA 1

- (A) Imaginarse a su pareja creando unos lazos emocionales profundos con esa persona.
(B) Imaginarse a su pareja disfrutando de una relación sexual apasionada con esa otra persona.

DILEMA 2

- (A) Imaginarse a su pareja intentando posiciones sexuales diferentes con esa otra persona.
(B) Imaginarse a su pareja enamorándose de esa otra persona.

RESULTADOS DEL SONDEO

Porcentaje que ha elegido la infidelidad sexual (B) como más turbadora en el dilema 1

	EE.UU.	EE.UU.	EE.UU.	EE.UU.	EE.UU.	EE.UU.	China	Holanda	Alemania	Corea	Japón	Promedio
Varón	60	76	61	55	53	73	21	51	28	59	38	51
Mujer	17	32	18	32	23	4	5	31	16	18	13	22

Porcentaje que ha elegido la infidelidad sexual (A) como más turbadora en el dilema 2

	EE.UU.	EE.UU.	EE.UU.	EE.UU.	Holanda	Alemania	Corea	Japón	Promedio
Varón	44	43	44	47	23	30	53	32	38
Mujer	12	11	12	12	12	8	22	15	13

proceso adaptativo que conformó la mente. Ahora bien, según hemos visto, escasean las pruebas que puedan confirmar las teorías sobre las adaptaciones que ha experimentado nuestro linaje durante los últimos dos millones de años. Y no parece probable que tales pruebas se materialicen algún día; las que pudo haber se han perdido, quizá para siempre. No resulta fácil, cierto, aceptar que hay muchas cosas sobre la evolución de la mente humana que nunca conoceremos y sobre las que sólo podremos especular.

Por supuesto, algunas cábalas son peores que otras. Las de la PEP andan profundamente erradas. No parece que seccionar nuestra historia en el Pleistoceno en distintos problemas adaptativos, suponer que la mente se divide en soluciones independientes a esos problemas y apoyar semejantes supuestos con datos de cuestionarios escritos nos vaya a enseñar mucho acerca de nuestro pasado evolutivo. El campo de la psicología evolutiva tendrá que hacerlo mejor. Pero incluso aunque lo hiciera lo mejor posible, puede que jamás nos desvele por qué evolucionaron nuestras complejas características psicológicas.

Bibliografía complementaria

THE SEVEN SINS OF EVOLUTIONARY PSYCHOLOGY. Jaak Panksepp y Jules B. Panksepp en *Evolution and Cognition*, vol. 6, n.º 2, págs. 108-131; 2000.

HISTORICAL EVIDENCE AND HUMAN ADAPTATIONS. Jonathan Michael Kaplan en *Philosophy of Science*, vol. 69, n.º 53, págs. 5294-5304; 2002.

EVOLUTIONARY PSYCHOLOGY AS MALADAPTED PSYCHOLOGY. Robert C. Richardson. MIT Press, 2007.

EVOLUTIONARY PSYCHOLOGY. Stephen M. Downes en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Edición de primavera; 2008.